

# NUESTRO MEJOR ROMANCERO

Si las l eg ıtimas obras de arte nunca envejecen, no sería inoportuno el ocuparse en cualquier tiempo de estudiarlas y ponderarlas.

En nuestro país forman mayoría a-brumadora los libros que a los seis meses de publicados, —a veces antes—, ya han envejecido. Se salvan de este general descr edito las obras de muy poquitos de nuestros autores.

Con tal precedente, podría parecer extemporáneo el que escribi semos ahora acerca de una obra de autor joven, premiada en público concurso a mediados del año pasado y publicada a principios del presente. Nos referimos al libro "Jagüey", colección de romances regionales guayanese, del que es autor el conocido poeta y Profesor Dr. Héctor Guillermo Villalobos. (1).

Desde la publicación de su primer volumen de poesías, titulado "Afluencia" (1937), Villalobos conquistó su plaza de poeta entre las modernas y nutridas filas —no del todo selectas— de jóvenes amantes de las musas. (2).

(1) Héctor Guillermo Villalobos nació en Ciudad Bolívar en 1911. Cursó estudios de Derecho en la Universidad Central y los coronó con el grado de Doctor. Ha consagrado toda su actividad y entusiasmo a las labores pedagógicas en la Enseñanza Secundaria en Caracas. Después de varios años de profesorado, es actualmente Director del Liceo Fermín Toro. Su primer volumen de poemas, titulado "Afluencia", se publicó en 1937. Villalobos había obtenido premios literarios en varios certámenes nacionales. Y a poco de triunfar ante el Ateneo Guayanés, en 1942, con el libro "Jagüey", —que ahora nos ocupa,—logr  también el premio del Ministerio de Agricultura y Cría, en el Concurso de Romances Nativistas, con el suyo titulado "Exaltación de la madre campesina".

(2) El libro "Afluencia", además del Prólogo crítico escrito por José R. Heredia, ha tenido estos principales comentaristas: Pascual Vanegas Filardo en "Estudios sobre poetas venezolanos", Caracas, 1941, pp. 45-53; Abel Vallmitjana en la Revista "Viernes", N . 5 Caracas, diciembre 1939, pp. 25-27; y Manuel García Hernández en el diario "El Universal", Caracas, 17 de agosto, 1941.

En abril de 1942 el "Ateneo Guayanés" abrió un certamen literario de trabajos en prosa y en verso. De entre las once obras enviadas al concurso, llev se la palma de la victoria el volumen titulado "Jagüey". Pasados unos cuantos meses, hizo su aparición en las librerías el referido volumen, nítidamente impreso y artísticamente ilustrado. Si el primer libro de versos de Villalobos mereció, según indicamos aquí en una nota, amplia y entusiasta acogida por parte de los críticos, creemos poder afirmar que no sucedió lo mismo con "Jagüey". Salvo las notas bibliográficas de rigor en Revistas y Diarios, no recordamos haber visto ningún trabajo de crítica literaria que pusiera de relieve el mérito indiscutible y exclusivo que encierra esta colección de romances.

Sin pretender dogmatizar con nuestras opiniones, no dudamos en afirmar que a "Jagüey" no se le ha hecho justicia. Ni pretendemos ser nosotros los llamados a hacérsela. Tal vez hayan sido razones tan prosaicas como la escasez de espacio o de papel las que han impedido a la crítica colocar este libro en su justo puesto dentro de la literatura venezolana.

"Jagüey", independientemente de toda consideración particular, mirado como simple volumen de composiciones en verso, merece catalogarse en primer lugar entre las producciones poéticas que nos legó el año 1942. Paralelo a él, debía de figurar el libro "Cantares del Camino", del Pbro. Luis E. Henríquez. (3) Ambas son obras saturadas, en cada página, de verdadera poesía sincera, espontánea, puesta al alcance del simple y benévolo lector. Este logra gustar all  la belleza en toda su encantadora sencillez; no ha menester destor-

(3) De esta obra hicimos un estudio que apareció en esta misma Revista, N . 49, noviembre de 1942, pp. 554-557.

cer conceptos, ni desenredar figuras, ni adivinar expresiones, ni quedar luego con la duda de si habrá entendido lo que afanosamente trató de interpretar. En los dos libros que mencionamos, todo lector entiende todo, y lo admira y lo gusta casi todo. Y si poder afirmarse tal cosa de obras literarias, no es su mayor elogio, no sabemos cuál otro puede serlo.

Pero el libro de Villalobos ofrece características que añaden nuevos y sustanciales méritos a los que ya tenía en general como obra poética.

Es "Jagüey" el primer volumen completo de romances que posee la literatura venezolana. Y es al mismo tiempo el primer libro de poesía consagrado totalmente a presentarnos como en retablo natural y pintoresco, el paisaje y la vida, y las costumbres y los personajes de un sector de la comunidad venezolana: el Oriente guayanés, y en concreto Ciudad Bolívar. Por su forma y por su fondo es éste un libro primogénito de las letras patrias.

Si para gusto nuestro fuéramos a ordenar los veinte romances de que consta la obra, para formar con ellos algo semejante a uno de esos apacibles cuadros campesinos de la pintura flamenca, haríamos esta distribución: Paisaje y clima; descritos en los romances El Puerto en Domingo, El Agua de los jagüeyes, Romance de la lluvia, Romance Niño de "San Rafael" y Los Cardones; Vida infantil, contada en Romance de la Infancia, Evocación infantil de No Guaricongo y Trompo y Sarranda; Actividades típicas, en el Romance de "La Sapoara"; Episodios, como el del Romance de la Ronda Chasqueada; Costumbres y fiestas, relatadas en: El cajón de las ánimas, Carnaval hace veinte años, Velorio de Cruz de Mayo, Doña Fulana y las Cartas, La danza del Sebucán, El pájaro Guarandol; Personajes típicos, como en el Romance del Guitarrero, y los titulados: La Negra Cristina, Una mujer del pueblo y la Niña Faustina.

Fué un acierto indiscutible de Villalobos el emplear la forma métrica del romance para la exposición de temas tan populares y tan naturales. Nunca mejor que en esta ocasión puede decirse que forma y fondo se han compacta-

do tan admirablemente, que resultaría quimérico imaginar al uno sin la otra. Más de una vez, releendo y analizando estos romances, he recordado la extensa obra lírico-descriptiva de nuestro exuberante Udón Pérez, embotada tan lastimosamente por el machacón empeño de dárnosla mal lograda en un metro tan impropio como el soneto.

Villalobos, a fuer de buen Profesor de Literatura Española, no pudo menos de acordarse del viejo juglar castellano que tan precioso tesoro de incamparables romances nos legó a la posteridad. Y en cambio no tomó para nada en cuenta el pensar que alguien, en nuestros días, le pudiera lanzar la dura frase que el Marqués de Santillana escribía a mediados del siglo quince en el famoso Prohemio: "Infimos poetas son aquellos que sin ningún orden, regla ni cuento hacen estos cantares e romances de que la gente baja e de servil condición se alegran". ¡Norabuena que existan aún en nuestros días tales infimos poetas y tal gente baja que guste de alegrarse con estos romances!

No abundan en las letras venezolanas los ejemplos de buenos romances. Apenas poetas tan delicados como Juan V. Camacho, Elías Calixto Pompa, y algún otro, nos han legado unos pocos excelentes romances populares.

Villalobos ha logrado dar a casi todos los suyos la soltura y el frescor espontáneo de la frase. Hay ocasiones en que no puede menos de asomar la pincelada netamente moderna, o la metáfora agudamente estudiada; pero aun entonces la concatenación y el ritmo con que fluyen los octosílabos en nada se entorpece.

Apunta con razón el prologuista del libro que "tal vez no estén estos romances suficientemente depurados" y que "quizás adolezcan de cierta prisa". Creemos acertada la indicación. En nuestras lecturas hemos ido marcando al margen de muchas páginas, las octosílabos que Villalobos dejó salir fallios o sobranteros de alguna sílaba. Pero este pequeño defecto, fácilmente subsanable en futuras ediciones, sólo afea o entorpece en muy rara ocasión, la cadencia y marcha de la lectura.

Y bien pueden darse de barato estos deslices de forma, frente al placer de

saborear descripciones y relatos tan lozanos y tan poco artificiosos. Con razón ha escrito el poeta en la primera página, al ofrendarnos sus versos:

*"Con el corazón henchido  
de fe y amor a mi pueblo,  
quiero exaltar lo que amo  
dando de mí lo más bueno".*

Y el romance "El agua de los jagüeyes" se cierra con esta apacible metáfora que es a manera de un exquisito canon poético:

*"Agua santa del jagüey,  
mansa y útil, clara y buena,  
salida de lo más hondo,  
sabrosa a entraña de tierra,  
tiene que ser como tú  
la canción de los poetas!"*

Como modelo de colorido local, expuesto con frase moderna dentro del molde del octosílabo, vaya esta descripción tomada del Romance Niño de "San Rafael", uno de los mejores de todo el libro:

*"El Clarín del cristofué  
su reto altivo lanzaba  
desde el merey que lucía  
banderas rojas y gualdas.  
Los hicacos agobiados  
se mecían sobre el agua,  
las pomarrosas vertían  
su indefinible fragancia  
y había tanto color  
tanta vida y tanta gracia,  
que daban ganas de ser  
árbol, pájaro, chicharra,  
para quedarse contigo,  
riachuelo fiel de la infancia!"*

Y van desfilando otros muchos romances, tan jugosos de vida local, y tan saturados de cariño hacia lo que hemos dado en llamar cosas ordinarias, que el lector no puede menos de entrar en el alma del poeta, y a través de su verso ver y sentir la belleza que él atinada y sutilmente va poniendo de relieve. Sólo señalaríamos como de infe-

rior mérito artístico los romances titulados "Doña Fulana y las Cartas" y "Trompo y Saranda". Y como menos al alcance de todo público que no conozca el tema, el titulado "Evocación Infantil de No Guaricongo".

En todos los demás, no hay que coger ni qué dejar. La pintura del puerto en Domingo, la dramática escena, —tan bien llevada— de la Ronda Chasqueada, el afanoso trabajo del romance de "La Sapoara", el recuerdo delicadísimo para la dulcera "La Negra Cristina"; todo eso es poesía de la que se lee, se entiende y se saborea; y pasados los días y los meses, torna uno a releerla y regustarla como si fuera cosa nueva. Y esa es la poesía que nos hace falta, y estos los poetas que deben dar de sí cuanto puedan. Con lo cual realizan no solo labor de arte, sino también de educación y de Patria.

Fácil nos sería espigar ahora acá y allá ejemplos de atinadas observaciones, de toques luminosos y sutiles, de expresiones felicísimas, que Villalobos ha dejado esparcidas a lo largo de su libro. Pero no podemos alargar más estas notas y preferimos también azuzar la curiosidad del lector para que si tiene ocasión, él por su cuenta las aprecie en el conjunto de la obra.

Dice el poeta en uno de sus romances: "Es hermoso recordar —cuando los demás olvidan". Ojalá que esta máxima de tan hondo valor para lo que a arte se refiere, sirva a su autor como de llamada de urgencia, que lo impulse a proseguir la labor hasta aquí realizada; y que pronto se convierta en realidad la anunciada entrega de los otros romances guayaneses.

Al correr de unos cuantos años, cuando mucha de la poesía que hoy se publica haya pasado al olvido, aún permanecerá fresca, cristalina e invitadora el agua poética de este "Jagüey", obra de un bardo que dió de sí lo más bueno.

**Pedro P. Barnola, S. J.**